

PREGÓN DE SAN MARCIAL

Buenas tardes señora y señores, habitantes de este noble e histórico pueblo de Femés. Estimadas autoridades, un afectuoso y cordial saludo de este joven pregonero que nació en el Peñón del Indiano en 1919, y se puso en camino hace 94 años para llegar a este día tan señalado y poderle ofrecer este humilde pregón a nuestro querido San Marcial, obispo y patrón de Lanzarote.

Señoras y señores, permítanme que me dirija y salude a un viejo y conocido amigo que hace años que no lo veo, me refiero a nuestro Santo Patrón San Marcial del Rubicón, el que habita en esta histórica villa desde aquellos tiempos que se oían las voces del despiadado Maciot de Béthencourt llamando a los pastores y a los campesinos para que le pagaran las mitades del queso y del trigo que cosechaban en las fértiles vegas de Femés.

Querido y Santo Patrón de la Isla de Lanzarote, estoy aquí hoy en tu sagrado y chiquito templo porque quiero recordarte algunas o muchas cosas y anécdotas que tú ya, seguramente, tendrás olvidadas.

LO QUE VIO Y PENSABA EL NIÑO

Yo estuve por primera vez en tu pueblo de Femés en el año 1926 cuando tenía 7 años. Y te confieso que yo antes de venir a tus fiestas nunca había visto a un cura y mucho menos a un Santo. Mi sorpresa fue que cuando entré a la ermita con mi madre había un hombre vestido de mujer con un traje blanco y amarillo con un farol en las manos saliendo mucho humo y se lo echaba en la cara de otro hombre que estaba sentado en otro banco, yo no sabía porque hacía aquello y mi madre me explicó que era el cura que estaba bendiciendo a San Marcial con el incensario, él que yo creía que era un farol.

Querido patrón, yo no volví a tus fiestas hasta que era un zangalote de 16 años, entonces fue cuando pude apreciar un poco mejor aquel pueblito pequeño de casitas bajas color tierra con las veredas de servidumbre estrechitas y limpias. A tus fiestas venía mucha gente, muchos camellos y burros con colchas y mantas de muchos colores, todo lleno de ventorrillos y ruletas. Se vendían muchas cosas: quesos, sacos de pejines secos que traían de La Graciosa, confituras artesanales, rosquetes para llevar en los brazos (a lo que llamaban feria), muñecas con bandas hechas de papel de colores, cada una con un nombre (el nombre que más se vendía era el de María). Tu ermita estaba llena de fieles, en la puerta esperaban el turno para entrar a rezar. Alrededor de los muros hombres y mujeres pagaban promesas de rodilla con velas en las manos.

También recordarás, querido patrón, cuando las veredas que conducen a tu santuario desde alta madrugada estaban llenas de peregrinos, el viejo camino de Tegüime desde Pico Naos hasta Capitas, el camino real de la Geria desde Riscada hasta Diamá, y los vecinos más cercanos a los caminos salían a saludar a los peregrinos y a invitarles a sus casas. Como el Señor José Martín, el de las Casitas y su mujer Antonina que ese día cambiaba el balde viejo por uno nuevo para sacar agua de la aljibe y lo ponía sobre el brocal para que los sedientos peregrinos pudieran beber agua fresca. En Uga, Don Joaquín Rodríguez, quien fuera pollo de la lucha canaria también ofrecía el agua de su aljibe y fruta fresca a las madres con niños. Las invitaba a entrar a su casa para que descansaran y alimentaran a sus hijos y a las mozas las pasaba a la habitación de la alcoba para que cambiaran sus trajes del camino por el de fiesta, llenaban las pilas de agua para que bebieran los camellos y los burros de los peregrinos. Así eran la gente de los pueblos, lo que hoy se llaman hospitalarios. Eran los tiempos de aquellos tiempos, diferentes a los tiempos de hoy.

Las paredes de tu pequeño templo estaban llenas de exvotos (figuras en miniatura), de toda clase de animales, mayormente de cabras, seguramente por ser esta zona lugar pastoril. También estaba presente la figura humana y todos sus miembros, desde la pierna de un niño a la pierna de un hombre, al igual que los miembros reproductores del niño, de la mujer y del hombre.

Querido patrón San Marcial, estas niñas verseadoras te van a refrescar la memoria ofreciéndote estos exvotos, con deseos, ruegos y plegarias como lo hacían los enfermos, los desconchados y los partidos para que tú los curaras, y los pastores para que le sanaran sus cabras.

(VERSOS)

También me gustaría, querido San Marcial, recordar contigo la parte mitológica de la historia de tu vida que nunca será tan fantástica para no creer. Como decían que subió un dragón de los infiernos y pegó fuego a la tierra y que llovió cuarenta días, que nacieron los pinos y las acacias y los almendros florecieron. También se dice que en tu vida militar fuiste artillero y que tenías 4 largos cañones emplazados en la montaña La Atalaya y que con un solo disparo espantabas a los piratas que desembarcaban por las playas del Rubicón y que tus soldados eran pastores con grandes latas a las que los invasores confundían con fusiles de largo alcance. Pero querido San Marcial, mitos o no, sí que en tu ermita hubo cuatro cañones hasta el siglo XVIII, fecha esta en la que desaparecieron junto con sus compañeros las Bombardas y las culebrinas de torres y castillos. Y también el terrible y temido cañón llamado el Berraco, el que defendió el señorío de Teguisé durante muchos años desde El castillo de Santa Bárbara, hoy Guanapay.

SANTÍSIMO PATRÓN SAN MARCIAL

Dos años después de aquella visita a tu pueblo y a tus fiestas, cuando ya contaba 18 años, me llevaron a tierras españolas, donde se celebraban unas pruebas de “atletismo” (hablo de la terrible Guerra Civil Española) en las Sierras del Ebro. También me acompañaron varios vecinos tuyos: los hermanos Camacho Juan y Salvador de Las Breñas, Juan Medina del Berrugo, Mateo García, Juan Fernández Acuña de Yaiza y Manuel Hernández, Juan Cedrés y Miguel Grimón del mismo municipio.

Desgraciadamente todos no superaron “dichas pruebas”, solamente los hermanos Camacho, Juan Medina y quien les habla fuimos supervivientes de esa contienda.

Y volvimos a nuestra tierra, a nuestra isla querida, y seguimos prestando el servicio a la patria en la segunda contienda mundial y nos mandaron al batallón del sur que se encontraba en Playa Blanca. Nos destinaron en lo que sabíamos un poco: Juan Camacho, conductor de camellos, así rezaba en su cartilla; Salvador, leñador; Juan Medina, sanitario; y yo carpintero. Las fuerzas que formaban dicho batallón eran soldados que hicieron el servicio militar por la parte republicana, entre ellos se declaró una epidemia de sarna o enfermedad desconocida que mal se curaba con una pasta o pomada verde que venían en cacharros de 10 litros. Todos los días el Doctor Medina, como ellos llamaban a Juan, llevaba una compañía a la playa de Puerto Muela, primera playa nudista de España. El doctor Medina les ordenaba bañarse sin ropa y permanecían en el agua hasta que les temblaba el quejo, se secaban al sol y luego por parejas se daban el albeo encima del salitre con la pasta verde. El tratamiento era de larga duración y todos no se curaban.

MI DESTINO EN TUS TIERRAS

Estimado Patrón, con mi destino a estas tus tierras nuestros encuentros eran más frecuentes. Los sábados que me daban permiso pasaba por tu ermita. En Femés conocí muchas y buenas familias, entre otras: la familia Cáceres, la familia Martín, la familia Curbelo, al respetable Señor Alcalde Don Isidro y a los descendientes de Don Juan García. Aquel agricultor, salinero, marinero, pastor, sorchante y organista, el que animaba las misas los días de tu fiesta con el centenario órgano que todavía conservas. Recordarás a Doña Lola, la campanera, que hacía sonar las campanas anunciando el amanecer, los mediodías y los atardeceres para la oración y otras tantas, que ya no recuerdo sus nombres.

En una de las procesiones por tus fiestas los soldados zarandearon tu trono rompiéndose una lanza, o no se qué otra pieza que no era la primera vez, y lo llevaron a la carpintería donde yo trabajaba para repararlo. ¡Cómo son las cosas de la vida, después de 70 años nos hemos vuelto a encontrar con nuestros recuerdos! Cuánto me gustaría, querido patrón, recordarte todos los avatares de tu vida que te han sucedido a lo largo de tu santo reinado en esta tu isla. Primero con el tirano Maciot, con las invasiones piratas y con el obispo Don Pedro Manuel Dávila y Cárdenas que en el año 1733, en plena erupción volcánica te pidió que intermediaras con los vecinos de Lanzarote para que quitaran las cenizas y la lava volcánica de las tierras de la Geria, capellanía propiedad de la iglesia de la que él era regente. Con las sequías, con años malos, con las epidemias, con las plagas de langostas, con los lamentos y plegarias, con las lágrimas que se derramaban sobre los desgastados lastrones de tu ermita de todas aquellas madres y padres que perdieron a sus hijos en las mal entendidas guerras de todos los tiempos. Querido San Marcial, aunque desde niño conocía tu existencia, no fue hasta el año 1960 cuando empecé a conocer el listado de tus obras de la mano del prestigioso doctor en prehistoria Don Elías Serra Rafol con el que conocí tu primer asentamiento muy cerca del mar, el

que tú presidiste 85 años, que desde entonces forman parte y guía de la historia de San Marcial del Rubicón.

Le puse nombre a tus pozos: Pozo de las Cabras, donde bebieron tus cabras desde 1404 y hoy siguen bebiendo, Pozo de la Pila, donde las madres del Rubicón bañaban a sus niños, Pozo de la Cruz, porque es el más cercano donde hoy se encuentra una vieja cruz señalando donde estuvo tu primera morada, Pozo de San Marcial, porque en el interior del mismo existe un trono donde hubo una presencia divina, descubrimiento de los restos del Castillo del Conquistador, el que seguramente te defendería más de una vez. Descubrimiento de la antigua necrópolis de aquel santo lugar en el que no sería mucho pedirte que un día hicieras una misa en aquella tierra colorada que todavía está bendita, en la memoria y el recuerdo de tantas almas que existen enterradas en aquel lugar olvidado y que hace más de 600 años que sus almas no se refrescan con agua bendita.

VOCES DE AYER QUE SE ESCUCHAN HOY (FUERTEVENTURA)

También recordarás, querido Patrón, a tus vecinos de la isla hermana de Fuerteventura, el prestigio que le daban a tus fiestas, que las vísperas empezaban a llegar en barquitos de velas cargados de majoreras y majoreros a la playa de puerto escondido. Unos venían a pagar sus promesas y otros aprovechaban para vender su artesanía y otros productos. Las tejedoras traían costales de lana, de ovejas y de camellos, alforjas, cimentales, mochilas, fajas para el hombro; además traían un telar para demostrar el arte de tejer. Los pastores vendían el queso con polvo de azafrán, baifos pequeños y zurroneos preparados para amasar el gofio. Las mujeres mareantes (mariscadoras) traían sus botellas de escabeche, lapas, burgaos, pulpos, patas de cabras y cangrejos. En la parte de deportes venían garroteros, jugadores del palo, peleadores

de carneros y machos cabríos, y criadores de bardinos. Uno de los garroteros era un hombre pequeño que llamaban “el abrochado” porque tenía un gabán que le llegaba de los tobillos a las barbilla, siempre lo llevaba abrochado con los botones tan grandes como platos de postre, que con sus mañas no muy claras ganaba todas las combates. El peleador de carneros traía un carnero ciego, lo tenía amaestrado y ganaba todas las peleas. El vendedor de perros traía algunos pintados, eran berrendos y parecían bardinos. Los pastores traían cabras y decían que no tenían dientes arriba, que eran buenas para los años ruines porque comían poco, pero como ustedes saben las cabras no tienen dentadura superior. El queso con polvo de azafrán, el que comía un trozo no lo podía negar, porque el color le duraba todo el día. Y otras tantas cosas más con las que tus vecinos majoreros enriquecían tu fiesta.

Querido patrón, antes de despedirme de ti quiero pedirte, como buen curandero que eres, que sigas curando, sanando y consolando a los niños y a las madres. Como hiciste con aquella madre de Haría cuando te ofreció a su niño enfermo porque nunca dormía y siempre lloraba y te prometió que, si tu lo dormías, le pondría tu nombre junto con los de los dos abuelos, llamándose José Rafael de San Marcial, y cantándole este arrorró te lo puso en tus brazos.

Ya no me queda en mis ojos

lágrimas que derramar

mi garganta el arrorró

ya no te puede cantar.

ARRORRÓ ARRORRÓ

Si te duermes un poquito

yo te llevo a San Marcial

que San Marcial cura a los niños

y a ti te puede curar.

ARRORRÓ ARRORRÓ

Aquí te traigo a mi niño

cansadito de llorar

no quiere dormir contigo

duérmelo tú San Marcial.

Santísimo San Marcial, ha sido para mí un honor poder recordar contigo historias de nuestra pasada juventud. Pienso que también para ti y para nuestros acompañantes, y si así no fuera, señoras y señores, le pedimos perdón. La misma disculpa le pido al Señor Camacho, concejal de festejos y a toda esa digna corporación que tan dignamente preside la Señora Alcaldesa Doña Gladys Acuña.

Y de ti, querido y viejo amigo San Marcial, como del pasado se trata con voces del pasado quiero despedirme y anunciar tu fiesta.

“Vecinos y vecinas de este noble e histórico pueblo de Femés, de orden de la Señora Alcaldesa les voceo a los presentes que en este día del Señor segundo del mes de julio quedan inauguradas las fiestas de San Marcial Patrón del Rubicón, Patrón de Lanzarote y Patrón de la primera diócesis de Canarias y que también quedan autorizados los obsequios, los regalos y las ofrendas que se hagan en su nombre, y que no se exige cantidad pero si calidad, que también quedan abiertos los caminos y veredas que llegan a su santuario, que están limpios de ripios, pedregullos y matacanes para que los peregrinos y sus animales puedan caminar bien. Y no teniendo más ordenes que vocearles se despide el pregonero que a todos los quiere tanto, y sin otros deseos reciban un fuerte abrazo de este amigo, al que solo le queda amor y cariño para repartir con ustedes”.

Gracias.